

Violeta Diéguez

Marisol en apuros

sm



EL BARCO  DE VAPOR

Marisol en apuros

Violeta Diéguez

ediciones  sm

Marisol en apuros

Primera edición: julio de 2009

Dirección editorial: **Rodolfo Hidalgo C.**

Dirección literaria: Sergio Tobaruz P.

Ilustraciones y cubierta: *Alejandra Zaccara A.*

Diagramación: M^a Gabriela de la Fuente C.

© Violeta Diéguez

© Ediciones SM Chile S.A.

Av. Pedro de Valdivia 555, piso 11

Providencia, Santiago de Chile

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 978-956-264-649-9

Registro de propiedad intelectual

Inscripción N° 179.625

Impresión: Salesianos Impresores S.A.

General Gana 1486, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ALGUNA VEZ la sombra fue parte de un juego de artificio en el que su padre, mago sin sombrero, convocaba a la selva a través del movimiento ágil de sus manos y, así, aparecían en la pared sucesivamente perros negros, cisnes extraviados, gatos sin maullar, lobos pacíficos, oscuras serpientes, cocodrilos silenciosos, que desaparecían en un abrir y cerrar de manos. Esto sucedía durante algunas noches que se llenaban de una magia plena de asombro y encanto. Eran tiempos felices. Los tiempos en que Peter Pan, con su traje verde, corría desesperado tras su sombra fugitiva, porque sabía que era imposible vivir desprendido de ella, ya que esta es inseparable del cuerpo, incluso en el país encantado de Nunca Jamás.

En esos días de escuchar cuentos y jugar a descubrir el mundo, todo parecía tan sencillo y luminoso; hasta la noche era para Marisol el manto protector de los sueños que no conocían aún las pesadillas.

Pero ahora, demasiado a menudo, las sombras surgían en los lugares más inesperados, provocándole una sensación desagradable en el estómago. A veces en la cocina a mediodía, incluso cuando se juntaba con sus compañeras de curso para ver una película o simplemente escuchar música, o en la calle, cuando se encaminaba al colegio, repasando mentalmente sus lecciones, porque ese y no otro era el secreto de sus excelentes calificaciones. Paso a paso, concentrada al máximo, recordaba una palabra clave, luego otra y otra hasta reconstituir la fórmula de química, *Los versos del Capitán*, los ríos de Europa o la lección que correspondiera al día. Eso siempre que las sombras no le nublaran la vista como en este preciso momento, en que ella y toda su familia esperaban con ansiedad el resultado de los últimos exámenes de laboratorio realizados a su madre, aguardando una palabra tranquilizadora: "negativo", porque "positivo" era malo, pésimo, significaba que existía una enfermedad severa, de largo tratamiento y riesgo vital, como dicen los médicos con una expresión



seria en la cara inescrutable que pretende ser neutral, pero que desliza en el cuerpo el aire frío de un peligro solapado y oscuro. Así que esa mañana Marisol ya no tenía ánimo ni ganas para hacer sus juegos mentales, solo deseaba cavilar y pensar, esperando que las sombras se alejaran y volviera a brillar el sol.

—¡Hey! Espérame, Marisol; no camines tan rápido —le pidió Catalina corriendo y tropezándose con su propia mochila.

Hola, Cata, qué bueno que llegaste, solo faltan quince minutos para las ocho y no quiero llegar atrasada, así que mejor apurémonos ¿ya? —le dijo con un gesto más serio de lo habitual.

—Bueno ya, pero... ¿Te pasa algo? —preguntó Cata acercándose y mirándola a los ojos con preocupación, y luego agregó en voz baja—: Tienes una cara diferente hoy.

—No es nada, Cata, estoy un poco cansada, dormí mal anoche. Eso es todo —contestó sin ganas de entrar en detalles.

—¡Qué bueno! Entonces, cuéntame todo acerca de ese aparato circulatorio que no lo tengo tan claro para la prueba de hoy —le pidió su amiga sin dejar de morder su goma de mascar.

—¿Hoy? ¿Había prueba fijada para hoy? No tengo la menor idea y la biología es lo que

menos me interesa en este momento... no estudié, pero si tú quieres, revisemos mis apuntes en el recreo —contestó resignada Marisol, incapaz de contarle que el día anterior había estado tirada en su cama viendo televisión toda la tarde, solo porque necesitaba no pensar en nada para sacarse del cuerpo ese sentimiento de esperar que algo terrible suceda, como cuando te quedas muy quieta, aunque no quieras, aguardando el movimiento tembloroso de un terremoto.

—No creo que tú no hayas estudiado, es imposible. Tú que eres mi salvación, yo siempre confío en ti, *cachái*. No seas mala onda —replicó Catalina estirando el chicle.

—Ya, ya, ya, Cata, hay otras cosas que llegan de repente... no sé para qué, no todo es estudiar el aparato circulatorio. A veces a mí también me da lata, mucha lata, te lo confieso —le aclaró mirándola pensativa.

—Sí, obvio. Te creo... A propósito de cosas muy importantes, ¿irás al cumpleaños de Roberto el sábado? No te lo puedes perder... Además, quiero, o sea, necesito que vayamos juntas. Me tienes que ayudar, amiga.

—¡Sí, sí!, me encantaría ir con mi vestido rojo —le contestó Marisol cambiando de expresión—, pero no sé si pueda, no sé si deba, si será correcto ir y carretear, precisamente ahora,

como si no pasara nada en mi familia. ¿Me entiendes, Cata? Por una parte quiero ir, igual que tú, que todos, pero por otra hay cosas que necesito comprender y poner en orden en mi cabeza —suspiró.

—Marisol, si estuviera en tu lugar, igual trataría de pasarlo bien y no amargarme la vida; mira, estoy segura de que tu mamá te entiende y lo que más quiere es que tú estés bien... igual es bueno salir un día sábado por la noche, con los amigos y bailar... y algo más puede suceder, algo emocionante de verdad. Estará Roberto, ya le tengo el regalo listo y envuelto con un papel brillante lleno de corazones, ojalá le guste y capte el mensaje... —acotó con una sonrisa asomada a sus labios como si fuera el tímido gusanito de una manzana roja.

—Te contaré algo que será un secreto entre tú y yo. Nadie más puede saberlo, pero después... —agregó a media voz, con una mirada enigmática en sus pequeños ojos verdes.

Las dos amigas apuraron el paso para entrar antes de que el portero cerrara la pesada puerta de hierro. En eso era implacable. Lo hacía ni un minuto más allá de las ocho horas. "Caiga quien caiga", decía muy orgulloso de cumplir con su deber. Marisol había recuperado su buen humor y se dirigió ágilmente a su sala de clases, que estaba al final del pasillo.

—¡Que tenga un buen día, Carlitos!
—le deseó al pasar, pensando que ella también necesitaba un día espléndido, repleto de sol y de luz.

Evocó en su memoria el aparato circulatorio, debidamente ordenado en un mapa conceptual, y empezó a explicarle a Catalina lo que recordaba de las clases.

—¡Sabía que tú sabías! Pero yo no soy tan rápida; explícame más *leeento*, por favor.

—Ya, ya, ya, pero es la última vez, Cata —luego pensó que los secretos de su amiga eran de esos que su abuelo llamaba "secreto a voces". El secreto de Catalina tenía un nombre y ese era Roberto. Estaba casi segura. ¿Y en qué la tenía que ayudar ella?, se preguntó algo intrigada.

CATALINA ERA la mejor amiga de Marisol, además de compañera de curso. Una tarde, hace unos años, conversando de sus respectivos cumpleaños se dieron cuenta de que habían nacido el mismo día, un 21 de octubre, pero eso no era todo, porque ambas llegaron al mundo alrededor de las diez de la mañana y en la misma clínica. Saber estos detalles las emocionó y las hizo unirse por encima de sus diferencias de carácter. Encontraron casi increíble que antes de conocerse ya hubieran estado juntas, tal vez una cuna al lado de la otra, mientras sus madres se recuperaban del trance de dar a luz, y que al cabo de ocho años de vida, cada una por su lado, se hubiesen reencontrado al fin como compañeras del mismo curso. Les

parecía un hecho extraordinario, “pues uno no se encuentra así como así con sus compañeros de los primeros días de vida”, le había comentado Catalina, mirándola con un brillo húmedo en los ojos. “Yo creo que más que compañeras, somos hermanas de corazón”.

Aunque Marisol, al principio, guardó silencio, no le pareció tan descabellada esta idea, sobre todo pensando que solo tenía dos hermanos, uno mayor, Tomás, el que todo lo sabe, pero a quien ella creía que no le importaba demasiado porque casi siempre estaba enfrascado en sus libros o en el computador navegando por internet o, lo que era aún peor, con su novia, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra mientras él solo tenía ojos para ella y con quien se casaría apenas se recibiera de ingeniero y encontrara un trabajo. Solo a “Danielita” Tomás le regalaba flores, chocolates y ositos de peluche, y encontraba el tiempo para conversar con ella como si nada más existiera en el mundo. Eso a Marisol le molestaba bastante; alguna vez se lo diría claramente.

Y su hermano menor, Panchito, que era un niño chico. Eso lo dice todo, alguien que corre de aquí para allá, que colecciona bichos repelentes, que te sigue todo el día haciendo preguntas imposibles de responder y que te pide ayuda para hacer sus tareas justo cuando

tú te dispones a instalarte para ver tu programa favorito en el cable o a chatear un rato con tus amigos. Con Panchito se llevaban bien, como hermanos, claro, que no es lo mismo que tener una hermana que nunca, nunca llegó.

Por eso cuando Catalina le habló de ser hermanas de corazón, casi se le cayeron las lágrimas y no pudo decir una palabra, solo atinó a abrazarla muy fuerte. Era una felicidad nueva, casi inexpresable, algo así como los rayos del sol traspasando suavemente su piel.

Después de unos instantes, cuando recuperó el habla, le dijo:

—Si tú también quieres, Catalina, desde ahora serás mi mejor amiga, a la que le contaré mis secretos, esos que solo mi agenda conoce. Significa mucho para mí que quieras ser mi hermana. Tener una hermana es mi sueño, mi gran sueño de oro que ahora puede hacerse realidad. Será un pacto entre las dos, ¿ya? —la niña se rió alegremente y dio un saltito.

—Tú eres especial y yo también, porque te diré que mis hermanas me aburren harto, solo juegan con sus muñecas a comprar, comprar y maquillarse igual que las barbies, pero tú eres tan entretenida como yo. Me gusta estar contigo, me siento como una pluma voladora —declaró en esa ocasión, hacía ya casi cuatro largos años.

—Ojalá te escucharan Tomás y Panchito. Tú no sabes lo que son dos hermanos hombres: viven en otro planeta, no entienden nada de nada, solo les importa el fútbol, los videojuegos y esas cosas —le aclaró Marisol—. A veces creo de verdad que son extraterrestres de otra galaxia disfrazados de terrícolas.

Catalina se volvió a reír diciéndole que no exagerara la nota, pero que la entendía. De vez en cuando ella también experimentaba sensaciones de ese tipo, pero con sus padres y sus tíos, que eran personas aun más extrañas que sus hermanas. Podían pasar horas y horas sentados viendo televisión o hablando de los temas más fomes.

Y desde ese momento se transformaron en amigas inseparables.

A simple vista tenían un cierto parecido, un aire familiar como se dice, y ambas eran casi de la misma estatura. Marisol tenía los cabellos castaños y la piel clara con algunas pecas en las mejillas. Catalina era más bien morena con unos ojos muy grandes y verdes. Para el gusto de sus madres, estaban un poco delgadas. Pero eran muy diferentes de carácter; apenas empezaban a conversar, se notaba en casi todo lo que decían.

Marisol, con sus trece años recién cumplidos, era todavía una niña más bien callada,



sería, increíblemente responsable para su edad, curiosa y muy observadora. Cuando iba a la playa podía estar horas contemplando el subir y bajar de las olas, los imperceptibles movimientos que provoca el viento en la arena, escuchando la infinidad de ruidos y voces que llegaban desde la calle, sonidos que se confundían con el oleaje del mar que guardaba como un tesoro en un rincón de su memoria. Además, tenía una fantasía desbordante que reflejaba en dibujos de extrañas formas geométricas, como inspirados en una película de ciencia ficción. Así se libraba de sus miedos, que ahora no eran pocos.

En cambio, Catalina destacaba por su simpatía, su entusiasmo para conversar y por la risa constante que acompañaba sus palabras y sus acciones. Le encantaba escuchar música y bailar, especialmente con las canciones y coreografías de su grupo favorito, High School Musical, y más aún componer sus propias canciones que tarareaba a veces cuando se juntaban por las tardes. Acostumbraba a entonárselas a Marisol y Panchito, pidiéndoles que las cantaran con ella.

Cuando el abuelo Manuel conoció a Catalina y se enteró de que ella quería ser su nieta adoptiva, se rió con ganas, pero no le extrañó en lo más mínimo, sino que, como era su costumbre, entendió de inmediato la situación.

Luego invitó a las niñas amablemente a sentarse alrededor de la mesa y les ofreció una bebida heladísima, galletas saladas, almendras y empezó a recordar que él también había conocido a su hermano de leche alrededor de los quince años, porque antes se daban esos casos, que ahora con la leche en polvo eran ya cosa del pasado.

—Con José nos entendimos de inmediato, como es natural, ya que nos habíamos alimentado de la misma madre. Y hasta el día de hoy mantenemos una hermosa amistad, a pesar de la distancia y los años. Recuerdo que incluso hicimos un pacto de sangre.

—¿Y qué es eso de un pacto de sangre? —preguntó Catalina intrigada—. Suena un poco terrible.

—Es un compromiso de honor, de entrega y amistad total entre dos personas que están dispuestas a acompañarse y ayudarse, en cualquier situación, y lo demuestran uniendo sus sangres. Solo unas pocas gotas de sangre que se mezclan para sellar el pacto. Así lo hicimos José y yo una noche de luna llena, cuando éramos muchachos, al otro lado del gran charco.

Y el abuelo fue contándoles con la voz encendida por la emoción, esa tarde perdida en el tiempo, parte de las aventuras que vivieron los dos amigos en su primera juventud, allá

tan lejos, al otro lado del Atlántico, en esos lugares marcados con puntos rojos y negros en el borroso mapa de la pared, ciudades con nombres con gusto a dulce, manjar o miel: Orense, Pontevedra, La Coruña. Algún día ella también cruzaría el mar en la dirección contraria para conocer de dónde provenía su familia. Mientras tanto, el abuelo les explicaba que los hermanos no solo son aquellos unidos por lazos de sangre, sino por el amor, la amistad y, sobre todo, por la aventura, que es la sal de la vida. Es que el abuelo se daba maña para contar las cosas de una manera clara, con mucha paciencia y detalle, intercalando una que otra palabra de su lengua natal cuyos significados ella ya comprendía, como *saudade*¹... *morrinha*²... *sempre*³. Ya habría tiempo para explicárselos más adelante a Catalina quien, al igual que Marisol, quedó cautivada por la voz un poco pastosa del abuelo, por sus expresivos gestos y movimientos de manos. Además, don Manuel no hacía diferencias entre grandes y chicos, porque, según él, era un hombre muy joven,

¹ Aunque *saudade* no tiene una traducción literal del portugués, esta palabra se refiere a una especie de nostalgia o añoranza, a echar de menos.

² Palabra gallego-portuguesa de la que se origina la palabra "morrña", que significa tristeza o melancolía, especialmente la nostalgia de la tierra natal.

³ Siempre.

un jovencito de apenas setenta y dos años en el cuerpo, decía sonriendo, bien vividos claro está, y, por cierto, tenía todo el tiempo del mundo para escucharlos y contar sus historias y anécdotas. Eso le fascinaba a Marisol y la impulsaba a encaminarse al departamento del abuelo a visitarlo con frecuencia. Allí encontraba un mundo diferente, de muebles grandes y misteriosos con olor a tiempos antiguos, pero lleno de afecto y emoción. Visitas que desde ese momento en adelante fueron muchas veces acompañadas de Catalina, quien se tomó con bastante naturalidad esto de tener un abuelo nuevo.

—Vengan cuando quieran, pero avísenme para esperarlas. Ya sabes Marisol que saco a pasear a Dudú por las tardes y me saco yo mismo a caminar por las mañanas, cuando no llueve, claro —les comentó don Manuel, sonriendo bajo sus tupidos bigotes blancos.

—Tu abuelo, perdón, nuestro abuelito es muy simpático... Y la abuela, ¿qué pasa con ella? También quiero conocerla —pidió Cata.

—Un día le diremos que nos muestre las fotos de la abuela Inés. Se pone triste cuando se acuerda de ella, pero aun así le gusta recordarla. Murió hace dos años, era muy linda, por eso le decíamos abuelinda... —musitó Marisol—. El abuelo dice que mientras recordemos a los que

se fueron, permanecen vivos en nuestro corazón. ¿Te parece cursi? —preguntó ansiosa.

—No, para nada. También mi abuelita se fue al cielo hace tiempo. Siempre dicen eso. Casi no puedo recordar su voz ni sus ojos, solo me acuerdo de sus deliciosas tortas de merengue. A menudo venía a casa con un collar de perlas al cuello y un tejido en las manos, teje que teje como una araña tejedora. Imagínate que cuando yo era chica, una vez en el jardín preguntaron por la adivinanza "En alto vive en alto mora, teje que teje la tejedora" y se me ocurrió gritar "¡es mi abuela!". Se rieron de mí, pero bueno... Todavía tengo varias bufandas tejidas por ella, pero no me las pongo. Cuando yo sea abuela no voy a tejer ni por casualidad, ni menos a cocinar. Me dedicaré a viajar por el mundo en motoneta. Eso es lo que haré.

—Ya, ya, falta mucho para eso, Cata, y vas a cambiar de idea, te lo aseguro. Yo no iría en motoneta, quizás en avión. Es más rápido.

—Entonces hacemos una parte del viaje en avión y otra en moto, ¿de acuerdo?

—Ya, ya, habrá que verlo entonces—zanjó Marisol mirándola con los ojos brillantes.

DESPUÉS DE terminar las clases de ese día viernes, Marisol y Catalina se dirigieron, caminando apresuradamente, de regreso a sus respectivas casas, que quedaban a unas pocas cuadras de distancia. La prueba de biología había sido corta, y creían que al menos tendrían un porcentaje alto de respuestas correctas, lo que les aseguraba una buena calificación. Eso de haber salido del paso sin mayores esfuerzos las hacía sentirse bien. En el trayecto se detuvieron unos minutos en el kiosco de la esquina para comprar unas mentitas y echar una mirada a las revistas.

—Por favor, llámame apenas tengas una noticia sobre tu mamá. Estaré esperando tu llamada y cuenta conmigo a cualquier hora

del día o de la noche; recuerda que somos hermanas y, por favor, no tengas vergüenza de llorar delante de mí.

—Cata, todavía espero que el resultado sea negativo; he rezado todo el rato por eso, y te llamaré, amiga, cualquiera sea el diagnóstico, te lo aseguro.

Se despidieron en la entrada de la casa de Marisol, mientras buscaba la llave en su bolsillo. Pensó que debiera tenerla más a mano. Todas las tardes le costaba varios minutos encontrarla. Eso la hacía sentirse torpe.

Abrió la puerta, dejó la mochila en el sillón verde para cambiarse los zapatos negros por sus cómodas pantuflas. Sintió un poco de frío en las manos. Como de costumbre, a esa hora, la casa estaba silenciosa, con las cortinas cerradas; casi a oscuras. Prendió el equipo de música y escuchó unos compases conocidos. Intentó tararear el estribillo. Fue inútil, su voz no la acompañó. Abrió las cortinas de par en par con un movimiento decidido y corrió el ventanal solo un poco para que entrara algo de aire. El ruido incesante de la calle penetró como un intruso. El cielo se veía nublado, una oscura nube gris se deslizaba como una serpiente amenazante. Se sirvió un vaso de leche chocolatada lentamente. Luego miró el reloj de la cocina. Todavía faltaban quince minutos

para que llegara Panchito y llenara todos los espacios.

“¿Y si el resultado de los exámenes resultara positivo? También cabe esa posibilidad, algo que les sucede a otras personas desconocidas, a mucha gente que acude todos los días a los hospitales y a las clínicas en busca de mejor salud, de una esperanza de recuperación. Eso es real. Pero mi mamá no es de esas, ni siquiera se resfría en el invierno. Ella no, por favor, Dios, no puedes permitir que ocurra algo así, ayuda a todos los enfermos y especialmente a mi mamá”, suplicó la niña casi sollozando.

Le parecía increíble que hasta hace apenas unas pocas semanas su mamá fuera una mujer fuerte, sana, llena de proyectos, preocupada solo por unas imperceptibles arrugas en las sienes, que por cierto solo ella veía, aparte de su obsesión número uno: sus hijos, los estudios de sus hijos, la salud de sus hijos, los amigos de sus hijos, en fin, el orden de la casa, y ahora, en cambio, su propia vida se encontraba de veras en peligro. ¿Cómo puede pasar algo así? No tenía ningún sentido.

El ruido de la llave girando en la cerradura interrumpió sus pensamientos. Se aprestó a recibir a Panchito, pero era Tomás el que llegaba, esta vez solo. Cosa extraña en él, se acercó y le dio un beso muy suave en la mejilla. Últimamente sus besos tenían otra destinataria.

—Hoy es el gran día —le recordó más cariñoso que de costumbre—. Muy pronto sabremos si podemos respirar en paz o hacer como si todo estuviese realmente bien y poner buena cara al mal tiempo, hermana. No sé qué pensar, Daniela también está muy preocupada.

—¿Y qué tiene que ver ella con nuestros problemas, Tomás? Creo que se mete más de la cuenta en lo que no le incumbe, no es su mamá la que está enferma.

—Daniela la quiere mucho y espero que muy pronto sea parte de nuestra familia, así que más vale que te acostumbres. Te lo digo en buena. Algún día tendrás una cuñada encantadora, dulce... alguien más que te querrá mucho. ¿Qué hay de malo en que se interese por nuestra mamá?

—Tomás, no quiero hablar de Daniela sino de mamá, ¿está claro? —lo interrumpió con la voz alterada—. ¿Qué haremos si se enferma de cáncer como la abuelita? El cáncer es una enfermedad tan terrible, tan odiosa y... la gente lo pasa muy mal, se muere... Tomás, tú lo sabes —aseguró acurrucándose en el sillón.

—Pero tiene cura, Marisol, si se detecta a tiempo. Mira... escucha tranquila, así como unruiseñor no representa a todos los pájaros, padecer un cáncer no significa necesariamente una condena a muerte. Mucha gente se recu-

pera y tiene una vida normal cuando se trata a tiempo. Ten presente eso..No nos adelantemos a los hechos, hermanita. ¿Ya? Te quiero mucho. Y te quiero desde que naciste —y acercándose la rodeó con sus fuertes brazos como cuando ella era pequeñita y lo buscaba asustada por los truenos, los rayos o por esos perros negros que ladran furiosos en las calles y que nadie sabe de dónde salieron.

—Igual... tengo tanto miedo, Tomás —confesó temblorosa.

—No veo ningún perro, ni un rayo. No escucho ningún trueno retumbar sobre nuestras cabezas.

Marisol sonrió porque era tan agradable para ella estar con su hermano como antes, juntos, sin ninguna extraña. Sin saber por qué ocultó su sonrisa en el hombro de Tomás.

Aunque afuera había comenzado a llover y las gotas caían golpeando las ventanas, adentro, en el hogar ya calefaccionado por la estufa encendida, se respiraba ahora un ambiente grato, de seguridad y de esperanza en el futuro. En ese momento llegó Panchito directo a la cocina a buscar su vaso de leche y a tirar su bolso en cualquier parte.

—Calma, calma, Pancho, hay un queque de nueces para ti en la cocina, pero déjame un pedacito... ¡ah!... y recoge tu mochila.

—Seguro, Marisol, no me apures que estoy muerto de hambre. ¿Puedo apagar la radio? A esta hora dan *El Gato Intergaláctico* en el Disney Channel y está muy, pero muy entretenido. No me lo puedo perder.

—Recuerda que debes hacer tus tareas primero. Ese es el trato.

—Ya he aprendido demasiado por hoy... por toda la semana y la otra, hermana. Ah, pero no tengo tareas. Solo leer, terminar de leer la historia del loro que está muy buena.

—¿Y cómo se llama ese libro Panchito?

—El raro Oxi... ¡No, no es así! *El absurdo Oxi*, sí, ahora me acordé. Lo tengo en la mochila y sacando el libro le mostró la tapa donde se veía un afligido loro con las alas abiertas como pidiendo ayuda.

—¿Y qué tiene de absurdo ese loro?

—inquirió con curiosidad Marisol a la que le encantaban las historias de animales.

—Es que Oxi es un loro muy humano, que habla como humano todo el rato, que ve mucha tele, que tiene una familia humana que le salvó la vida y lo adoptó de mascota. Oxímoron es su nombre completo y voy en la parte en que está perdido lejos de su casa, entre unas aves muy pesadas que no lo comprenden ni tampoco quieren a los humanos, a quienes pintan como si fueran monstruos. A ellas les pa-

rece un loro absurdo, pero yo lo encuentro bien choro. ¿Lo quieres leer conmigo, Marisol?

—Puede ser, suena entretenido, me tincan harta. Si tengo tiempo, me gustaría leerlo —contestó echándole una ojeada a la contratapa—. Pero no te prometo nada. Y ya, Pancho, termina de tomar tu leche... y lee un ratito, luego puedes ver *El Gato Intergaláctico*, en ese orden —dijo observándolo de pies a cabeza—. Toma tu libro... no te apures, que todavía falta media hora para tu programa, hermanito. Y hoy no des guerra, ¿ya?, que es un día especial —le advirtió Marisol mientras se agachaba para apagar el equipo de música.

Tomás, que había escuchado al pasar esta conversación, se acercó para contarles que los nombres de los personajes no eran nada de casuales o inocentes, que tenían un significado muy especial, ya fuera en la vida real o en la ficción de las novelas. Les dijo que Santo Tomás de Aquino y Tomás Moro fueron mentes brillantes, originales, grandes pensadores buscando la perfección, capaces además de entregar su vida por sus ideales.

—Para mí es un honor llevar ese nombre —afirmó sonriendo con una mezcla de orgullo y modestia—. Pero lo que te quería contar, Pancho, es que un oxímoron es un juego de palabras que se contraponen casi anulándose,

como silencio ruidoso, fuego helado, mentiras verdaderas, incluso hay una película de acción y suspenso muy buena que lleva ese nombre *Mentiras verdaderas*, y ahora la pregunta del millón: ¿qué características crees tú que tiene ese loro para llamarse Oxímoron?

—Oye, pero si ya le dije a Marisol que Oxi es un loro diferente, que piensa como un humano, que extraña su jaula, que no sabe volar ni sobrevivir solo en la naturaleza, por eso las otras aves se ríen de él. ¿No estabas escuchando? —preguntó molesto.

Y Panchito se fue a su pieza con su mochila y su libro en las manos, pensando que su hermano no sabía escuchar y había que explicarle y repetirle todo, y aunque a él le caía bien Oxi, no le gustaba repetir las cosas como si él también fuera un loro común.

A la niña le pasó rondando por sus ojos una calma tensa, una tranquilidad intranquila, una alegría más bien triste, unas preguntas sin respuestas todavía.



EN EL DECIMO piso de Alcántara con Apoquindo estaba la consulta del doctor Horacio Kirberg, un destacado oncólogo, especialista en cáncer de mamas. A esa hora, las cinco de la tarde, hacían antesala tres pacientes, todas mujeres de mediana edad. Una de ellas lucía un aspecto cuidado y juvenil, aunque había pasado ya de los cuarenta. Era Ester, la madre de Marisol, y en ese momento se miraba las uñas recién pintadas de un rojo oscuro.

Por la expresión de su rostro parecía serena, es que la tensión iba por dentro. Estaba decidida a conservar la calma y a no descontrolarse, aunque el resultado de los exámenes fuera positivo. Por nada del mundo daría un espectáculo delante del doctor, a quien apenas

conocía. A su lado Esteban, su marido, un hombre alto, delgado, con una expresión reflexiva en su rostro, se impacientaba por no poder desahogar la ansiedad que sentía fumando un cigarrillo. El letrero era tajante: "GRACIAS POR NO FUMAR".

—Si quieres puedes salir afuera, ya veo que necesitas un pucho —le dijo Ester un tanto molesta.

—Lo que quiero es acompañarte a la consulta, mujer —contestó besándole una mano como cuando eran novios, y luego agregó exagerando un poco—: No me retes, ¿ya?, que ando muy sensible hoy.

Ester sonrió de buena gana y se acercó más a él. En realidad, no quería estar sola ni un instante. Guardaron silencio. Lo que tenían que decirse era demasiado íntimo para hacerlo delante de personas desconocidas. Se miraron a los ojos y esperaron.

Al fin llegó su turno. La secretaria los hizo pasar a una sala blanca con aire acondicionado. En las paredes, varios diplomas enmarcados certificaban la excelencia académica del médico. Un ramo de fresias en un pequeño florero transparente sobre el escritorio exhalaba un agradable aroma por toda la habitación.

El doctor Kirberg los saludó con una expresión indefinible en su rostro y luego les

ofreció asiento. Algo en su actitud extremadamente cuidadosa les reveló que el diagnóstico era preocupante. Esteban no soltó la mano de su mujer.

—Y bien doctor, ¿cuál es el diagnóstico? Sea claro y directo, se lo agradeceremos.

El doctor se tomó su tiempo y dirigiendo su mirada impenetrable de uno a otro les comunicó con una voz que pretendía ser acogedora, pese a su timbre metálico:

—Tal como presumíamos, la última mamografía reveló sin lugar a dudas que el tumor es maligno, pero no se asusten, por favor, ya que por su ubicación y el tamaño, aún pequeño, es fácil de operar y los exámenes demuestran que todavía no existen ramificaciones —explicó levantándose para mostrarles en la pantalla del computador la imagen de la mamografía en la que era notorio un bulto oscuro de aproximadamente dos centímetros y medio ubicado bajo el pezón izquierdo—. Es una operación sin grandes riesgos, cuando se hace a tiempo, y mi recomendación es operar dentro de la mayor brevedad.

—¿Cuándo cree usted que es posible operar? —preguntó Esteban mirando a Ester, tratando de adivinar sus sentimientos.

—Puedo reservar el pabellón de urgencia de la Clínica Santa María y hacer los arreglos

necesarios para el lunes en la mañana. Ester tiene que hacer el ingreso a las 9:30 más o menos, en ayunas por supuesto. ¡Ah!... y con las uñas sin esmalte. De este modo estaría operando alrededor de las once. Creo que cuanto antes es mejor —dictaminó con seguridad.

“De manera que así suceden los hechos más terribles —pensó Ester con la vista clavada en los débiles tallos de las flores sumergidos en el agua, y más agitada de lo que ella estaba dispuesta a aceptar—, en un ambiente igual al de todos los días, con un ramo de fresias multicolores instalado en el escritorio reluciente y frío del doctor Kirberg simulando una primavera que no puede compensar el derrumbe, mi propio derrumbe”. Pasar, de un minuto a otro, de la categoría de mujer saludable, en la flor de la edad, a la de paciente, más bien impaciente, enferma de cáncer, y para colmo cáncer de mamas, es lo peor que le puede pasar a una mujer joven todavía y felizmente casada, como ella, con tres hijos que la necesitaban tanto. Era tan incomprensible como una pesadilla, solo que esto era peor, era real.

Solo los propios afectados, como ella entre tantos otros, escuchan el latido que golpea como una fiera y desgarrar el corazón hasta desbordarse por los ojos.

—Ester, ¿estás bien, di qué piensas de



esto, mi amor? ¿Estás de acuerdo con lo que propone el doctor Kirberg? —volvió a preguntar el marido arqueando las cejas.

La mujer intentó controlarse, pero fue inútil luchar contra la agitación que brotaba de su pecho. Las lágrimas comenzaron a correr abundantes por las mejillas. Finalmente asintió.

—Sí, puede ser, si no hay más remedio. Pero, ¿qué pasará con los niños? Están en periodo de pruebas semestrales. No me gustaría preocuparlos demasiado, sobre todo a Tomás. Esto podría afectar su rendimiento académico. Necesito tiempo para planteárselos y, al fin, después de todo, no corre prisa, ¿verdad, doctor? —preguntó, con un hilo de voz apenas audible.

—Querida, tu salud es ahora lo primero, y recuerda que yo estaré ahí para lo que se necesite. Incluso adelantaré una parte de mis vacaciones y cuidaré de todo. Confía en mí. Hasta soy capaz de revisar tareas si eso te tranquiliza. No hay ninguna razón valedera para postergar el tratamiento —aseguró Esteban lentamente, intentando transmitirle una seguridad que ya lo estaba abandonando.

—No estamos hablando de quimioterapia, doctor, solo se trata de extirpar el tumor y ya... ¿o no? —preguntó de nuevo Ester, simulando una entereza que estaba muy lejos de sentir.

Hacia apenas seis meses que Isabel, su vecina, una joven recién casada, se había operado por un motivo semejante, un bultito en el pecho que de la noche a la mañana se transformó en un riesgo terrible. Ester la acompañó en varias oportunidades después de la quimioterapia, cuando los vómitos prácticamente la dejaban sin aliento ni ánimo para nada durante varios días. Por eso conocía de cerca las dificultades de esa ardua recuperación. Pero jamás pensó ni en sueños que ella pudiera pasar por ese mismo trance.

El doctor, evasivo, intentó tranquilizarla; sin embargo, dio una respuesta ambigua, dejando en claro que sólo en la operación misma, después de realizar un vaciamiento axilar para examinar el grado de compromiso de los ganglios, podría determinar si la quimioterapia era necesaria o bastaría con el tratamiento acostumbrado en estos casos: la radioterapia, cuyos efectos son mejor tolerados por las pacientes.

Sin embargo, aprovechó la oportunidad para hablar de las ventajas de una quimioterapia con drogas que atacaban duramente las células cancerígenas, impidiendo cualquier rebrote posterior. A Ester le pareció que el doctor Kirberg estaba ya preparando el terreno. El terreno era su voluntad.

Esta vez fue ella la que buscó el calor de la fuerte mano de su marido.

LA VIDA CAMBIA de un momento a otro, sin pedirle permiso a nadie. Tal como una tarde azul de primavera se cubre de nubes y vientos en pocos segundos, así la felicidad de los días apacibles se transforma en una débil lucecita que apenas alumbra, como el tenue aleteo de una luciérnaga perdida, revoloteando en la oscuridad de la noche.

Marisol y sus hermanos esperaban ansiosos la llegada de sus padres para enterarse del real estado de salud de su madre y despejar las dudas que los atormentaban. Panchito cabeceaba en el sillón luchando contra el sueño, Tomás leía absorto la última novela policial de Henning Mankell y Marisol, bastante nerviosa, se paseaba de un lado a otro de la sala, atisbando

de cuando en cuando por la ventana.

—¡Ahí llegaron, al fin! —anunció al cabo de unos largos minutos y corrió a quitar la alarma para abrir la puerta.

—Mamá, papá, ¿por qué se tardaron tanto? El abuelo llamó tres veces para saber los resultados. ¿Qué pasa, mamita, estás bien? —preguntó abrazándola ansiosa.

—Sí, sí, bastante bien, mi niña. ¡Ay, no sé, no lo sé! Pero tengo que operarme el lunes, es lo que aconseja el doctor —contestó Ester con una voz enronquecida mientras se acomodaba en el sillón—. Creo que es una operación sencilla, al menos eso dijo el médico. En realidad... el tumor es maligno —confesó de un tirón intentando permanecer tranquila—, pero si se extirpa a tiempo, quedaré como nueva. No es una tragedia griega, al fin y al cabo. Así que alegra esa carita.

—Pero es cáncer ¿o no? —preguntó categórico Tomás mirando preocupado a su madre, tratando de indagar en sus verdaderos sentimientos.

—Es un cáncer... en grado tres. Posiblemente requiera un tratamiento posterior, radioterapia o quimioterapia, según cuan localizado o expandido esté el tumor —explicó Esteban, intentando mostrarse confiado en la Divina Providencia—. Pero ya es muy tarde,

ha sido un día agotador y por hoy es mejor irse a dormir. Debemos cuidar mucho a la mamá para que el lunes esté descansada y en las mejores condiciones para la operación.

—Mamita, yo te cuidaré con todo, con todo mi corazón, no iré a clases y me quedaré contigo en el hospital todo el día. ¿Habrá televisión en la sala? —preguntó Panchito saliendo de su somnolencia.

—Yo creo que sí, pero no es necesario que faltes al colegio, eso no me gustaría; tú lo sabes, mi amor.

—Pero Jorge no fue a clases cuando su mamá estuvo enferma. ¿Por qué yo tengo que ir si quiero estar contigo? —reclamó con una lógica casi irrefutable, abrazando a su mamá.

—Te esperaré en la tarde, hijo, después de que salgas de clases. Y ahora dame un beso grande para irme a dormir... así de grandote —pidió abriendo los brazos.

Por esa noche no hubo más comentarios. Marisol se tranquilizó en parte. La actitud serena de sus padres la inducía a pensar que la situación no era tan grave. Llamó a Catalina para contarle las noticias que aparentemente eran mejores de lo que ella había pensado.

Y esta, con una voz atrapada por el sueño, le dijo:

—Mañana hablamos, amiga... mañana.

Recuerda que será sábado... y tenemos algo que hacer.

—Adiós, “buena amiga”, dulces sueños —contestó la niña molesta mientras colgaba para contestar el celular de su hermano que sonaba insistentemente en la mesita, sin entender quién podría ser el desubicado que molestaba a esas horas de la noche.

—Aló, aló. Hola, Tomás, soy Daniela. ¿Como está Ester?

—Soy yo, te comunico con mi hermano, espera un poco —le pidió Marisol, pensando que nadie más que Daniela podía ser tan desubicada para llamar tan tarde. Estaba claro que ella ya se creía parte de la familia. Y no lo era. Al menos no todavía.

Tomás corrió a contestar el celular con esa cara de extraterrestre, según Marisol, como abducido por una energía maligna, solo que él no se daba cuenta de nada y sonreía como si todo fuera miel sobre hojuelas.

—Hola, mi amor, qué bueno que me llamaste... estoy casi muerto, te necesito tanto... Estaba conversando con mi mamá. Pensaba llamarte apenas se fueran a dormir.

Esas palabras eran más de lo que Marisol podía resistir. A veces, su hermano se comportaba como un verdadero idiota, así que haciendo un gesto de despedida con la mano



subió a su cuarto. Cata también la había decepcionado, se suponía que debía apoyarla y, en cambio, dormía como un oso, justo cuando más la necesitaba. No era lo que hace una mejor amiga. En ese momento se sintió sola, triste, con una tristeza húmeda, amarga y pesada que amenazaba escaparse por los ojos. Sin embargo, haciendo un esfuerzo de voluntad, se contuvo.

Oyó voces en la habitación de sus padres. Se acercó y llamó a la puerta antes de entrar. Su mamá estaba tendida sobre la cama. Vestía su camisón celeste, que destacaba el color azul cielo de sus ojos. Su padre estaba de pie con un pijama a rayas grises y blancas, se veía demasiado divertido. Su imagen le recordaba algo de esos presos que escapan a todo correr en las películas antiguas.

—Pasa Marisol, ven acá, siéntate a mi lado unos minutos —invitó su madre mientras se sacaba los aros—. Solo unos minutos —reiteró—. No me había dado cuenta de lo cansada que estoy. Siento que todos necesitamos descansar.

—Yo necesito decirte que te quiero mucho, mucho... y que no te preocupes de nosotros, porque con Tomás nos arreglaremos de lo más bien. Tú solo preocúpate de mejorarte pronto —pidió la niña abrazándola muy fuerte, mientras su madre le ordenaba el pelo con un

gesto que tenía más de cariño que de afán por peinarla.

—Ya, ya, mañana es sábado, mi amor, el día de la semana que más me gusta. Un día precioso que invita a salir, a pasear o a dormir siesta sin poner el despertador, un día para estar en familia y compartir con los amigos —dijo Ester sonriendo débilmente—. Y espero que mañana no sea una excepción.

—Pero es un sábado diferente, mamá... para nosotros al menos.

—No, ni tanto, no podemos perder este sábado ni arruinarlo con caritas tristes, ¿de acuerdo? Así que espero que todos sigan con sus planes... ¡Ah!, y nada de hablar de enfermedades, de doctores ni de la operación del lunes. ¿Ya? Me daría mucha lata. No lo soportaría.

—Sí, claro... si eso es lo que tú quieres. Como dice el abuelo, "el viento de mañana, soplará mañana". Entonces ¿no te importa que vaya con la Cata a la fiesta de Roberto? —preguntó animándose la niña—. ¿O necesitas que esté contigo todo el rato?

—Por supuesto que no, mi rayito de sol, y te cuento que ya estábamos de acuerdo con Tomás para que te pase a buscar a la vuelta con la Danielita si tú quieres, claro. Y ahora, que tengas buenas noches, mi niña sol. Descansa tú también. Tengo mucho sueño.

Marisol salió del dormitorio, después de despedirse de su padre con un beso. En ese momento solo quería dormirse y que el sábado llegara pronto. Con un gesto mecánico apagó la luz del pasillo mientras le pedía a su ángel de la guarda que no la desamparara ni de noche ni de día y que le diera toneladas de fuerzas para enfrentar lo que se venía por delante.

Había cesado de llover y en el azul del cielo la presencia de las estrellas anunciaba un día despejado.

Al día siguiente, el estridente ruido del despertador sacó a Marisol bastante temprano de la cama. Quería preparar el desayuno antes de que los demás se despertaran. Un rico desayuno con jugo de naranjas, tostadas y panqueques, rellenos con manjar. Esa era su especialidad y a su mamá le encantaban. Tenía mucha ilusión en darles una sorpresa a sus padres y llevarles el desayuno antes de que se levantaran.

Bajó las escaleras en pijama todavía, y entró a la cocina, creyendo que la encontraría desierta. Se equivocaba.

—Hola, Marisol, veo que también madrugaste hoy —le dijo Daniela sin dejar de batir las claras de los huevos, vestida con el delantal blanco de su madre.

Tomás, que se veía muy contento, agregó en voz alta:

—Queríamos darles una sorpresa con algo nutritivo y muy dulce para empezar con buen ánimo el fin de semana. Aquí nos tienes en pleno proceso. Hay un pastel de manzanas en el horno, Danielita hará unos panqueques y tú ¿quieres ayudarnos a exprimir naranjas? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, como esas de un aviso de pasta dental.

—Sí, claro —contestó la niña, desconcertada, sin saber cómo tomar la presencia de Daniela como si fuera la reina de la casa—. Ese delantal es de mi mamá —no pudo evitar de comentar, aunque al minuto se arrepintió de haberlo dicho.

—No te preocupes, Marisol... en realidad, ya no lo necesito —y sacándoselo lo colgó en un gancho de la pared.

Marisol se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Después de todo la polola de su hermano solo trataba de ser amable y Tomás se veía feliz. Tan feliz que por suerte ni siquiera se percató de su pesadez.

—Mejor, ahora subo a vestirme y después los ayudo con las naranjas —avisó lo más amable que pudo, saliendo rauda y avergonzada de la cocina.

El desayuno fue en la misma cocina, con a presencia de toda la familia, Daniela incluida. Todos apiñados alrededor de la pequeña

mesa cubierta de panqueques, tostadas recién hechas y un delicioso kuchen de manzanas que esparcía su aroma. Unos junto a otros muy apretados. Un desayuno sabroso, alegre, salpicado de risas, buen humor y abundante conversación.

Anoche tuve un sueño muy extraño —anunció su mamá—. Caminaba por un largo pasillo de paredes relucientes, casi como espejos. Yo intentaba mirarme de reojo en la pared, pero esta mostraba imágenes de películas mudas que pasaban demasiado rápidas.

Luego avanzaba para llegar a una escalera empinada que por alguna razón, desconocida para mí, debía subir. Al fin lo logré y me detuve frente a un espejo, pero el espejo no reflejó mi cara, sino la imagen de un árbol verde que cambiaba de color. Sus hojas se iban poniendo rojas y caían a mis pies, que no podían moverse porque habían echado raíces. Quise irme de ahí corriendo, pero no pude hacerlo, las piernas me pesaban. Era una pesadilla de verdad, de esas que te atrapan. Finalmente, el sonido del despertador, de no sé quién, me salvó de la angustia. ¿Qué creen que significa?

—El árbol es el de la vida o el del paraíso —afirmó Tomás sin ni una duda—. Las hojas rojas representan el dolor, que es natural en la

vida, y la sangre que corre por las venas o puede ser la sangre derramada sobre la tierra.

—Y la escalera... yo creo que representa el cambio incesante que debemos experimentar para crecer y madurar —acotó Daniela pensativa—. ¡Ah!... también puede significar el esfuerzo necesario para subir de un plano de vida a otro más alto —agregó.

—Yo también soñé algo —intervino Pancho limpiándose con la servilleta un resto de manjar que tenía sobre el labio superior—. Soñé con una mesa llena de pasteles, bebidas y cerros de papas fritas y alguien aparecía con una torta con diez velitas prendidas, que se apagaban antes de que yo soplara. ¿Qué significado tiene? —preguntó, imitando a su madre con un gesto travieso en el rostro.

—Ese sueño es un recordatorio de tu cumpleaños que es en diez días más. Y lo celebraremos, no te quepa la menor duda, con una gran fiesta en el jardín si hace buen tiempo. ¿Te gustaría hacer una fiesta de disfraces, Panchito? —preguntó Esteban, entusiasmándose con el nuevo giro de la conversación.

El niño aceptó la idea sonriendo, siempre que todos se disfrazaran, desde el abuelo para abajo. Él se disfrazaría de rey o de mago Merlín, un personaje con capa, porque lo que le gustaba eran las capas que se mueven con el

viento. O mejor de Harry Potter, que también tiene una larga capa.

Marisol, en tanto, se ríe mientras saborea una porción de pastel de manzana. No recuerda el sueño de la noche anterior. Nada. Últimamente solo sueña despierta, cosas reales, posibles. Con un poco de suerte.

ESTER Y ESTEBAN todavía no acertaban a entender por qué las fiestas de los jóvenes no podían empezar a una hora razonable, que les permitiera dormir lo necesario a ellos y a los padres que, como era su caso, no podían conciliar el sueño hasta que todos sus hijos llegaban de regreso a la casa. Pero parecía inútil ir contra la corriente. Ni un chico o chica que quisiera estar en buena onda se atrevería a llegar a una fiesta o carrete antes de las diez y media de la noche. Y esto traía una consecuencia lógica: la fiesta jamás terminaba antes de las dos de la madrugada, lo que obligaba a muchos padres a permanecer despiertos esperando la vuelta de sus hijos. Esteban y Ester no eran una excepción, pero se las ingeniaban para pasar el traspase de la forma más entretenida posible.

Las niñas, Catalina y Marisol, después de varias horas de probarse zapatos, pantalones, faldas, poleras y ensayar todo tipo de peinados y maquillaje frente al espejo, ya estaban listas para irse al cumpleaños de Roberto. Ambas amigas habían alisado sus cabellos y lucían sus mejores jeans, sus zapatillas deportivas y unas poleras demasiado ajustadas y brillantes para el gusto de Esteban.

—A ver, ¿estoy muy viejo o no entiendo nada? ¿Zapatillas para ir a una fiesta? ¿No será demasiado alternativo? —preguntó alzando la voz.

—Es la moda, esto la lleva, papá. Somos jóvenes y la formalidad es para los mayores de treinta, aunque si quieres quitarte unos años de encima, fuera corbata, zapatos negros y esas estiradas camisas blancas. Un estilo casual es de lo más *cool* —le aclaró con una cierta picardía en la mirada—. Un sicólogo, como tú, puede ir a su consulta menos formal. Así, tus pacientes te verían más cercano y te abrirían su corazón en la primera sesión.

—Tu mamá se veía irresistible con sus minifaldas y blusas bordadas de flores, caminando muy coqueta con sus botas altas. Eso era una tenida adecuada y muy femenina —recordó en voz alta mirando a su esposa con un aire nostálgico.



—Ya, ya, papá. Si yo fuera así, te aseguro que sería la única... un bicho raro, de esos que están en peligro de extinción. Agradece que todavía no me he hecho un tatuaje —dijo riéndose—. Y ahora que estamos listas, sácanos una foto juntas, con tu celular *porfa*.

Esteban buscó un buen ángulo y les sacó tres fotografías. Marisol y Catalina estaban muy contentas. Luego, Marisol le dio un beso en la frente y se despidió con un alegre "hasta pronto".

Los padres se dispusieron a ver una película. Mientras aguardaban la llegada de unos amigos, acomodaron en la mesita lateral una tabla de abundantes quesos de distintas clases, maní, nueces, aceitunas amargas y un vinito dulce, Moscatel, de buena cepa.

En la casa se respiraba un ambiente cálido, hogareño. Esa rutina relajada de los fines de semana los hacía olvidar las nubes negras que se cernían sobre ellos.

Don Manuel llegó con el ceño más fruncido que de costumbre y, después de sacarse el abrigo gris, abrazó a Ester y le preguntó cuál era realmente el alcance de su enfermedad. Esta le contestó que el lunes era el día clave y que por ahora lo mejor sería brindar con un vinito dulce que estaba a punto en la mesa.

—Tengo toda la esperanza de que con la radioterapia sea suficiente para volar con

las células malignas, papá. Ha habido grandes avances en la medicina, especialmente en el tratamiento del cáncer de mamas —le comentó intentando tranquilizarlo.

—Puede ser... ojalá, hija, brindemos por ello. Y guardó silencio porque lo que podía decir se relacionaba directamente con la ausencia de Inés y con la dolorosa enfermedad que terminó con su vida en esta tierra. En definitiva, con el cáncer que precipitó su muerte, dejándolo "viudo y solitario como un naufrago en el ancho mar de la vida", como él acostumbraba recordar en sus momentos de *saudade*.

A pesar de que su padre no dijo una palabra más, Ester percibió las sombras que rondaban en su cabeza y acercándose le puso la copa colmada de vino dulce en la mano y reclinó su cabeza en el hombro izquierdo de su padre.

Después del brindis, el abuelo subió algo reconfortado a la salita para seguir enseñándole a jugar ajedrez a Panchito.

Abajo, en el living, los padres y sus vecinos, Isabel y Gonzalo, ya disfrutaban de una alegre velada de cine, con las luces apagadas y las infaltables cabritas.

En la pantalla del televisor, las imágenes de *La vida es bella*, aquella emocionante película italiana dirigida y protagonizada por Roberto

Benigni a finales del siglo XX, los remontaba a épocas difíciles de la humanidad. A todo el horror de la Segunda Guerra Mundial. Aun así, el amor de Guido, el protagonista, se sobreponía a su encierro en un campo de concentración y encontraba caminos de esperanza y motivos para salvar la inocencia de su pequeño hijo haciéndole reír y soñar.

“Frente a esto, nuestras dificultades son solo escollos en el camino”, pensó Ester, levantándose para ofrecer unas galletas con queso cremoso a sus amigos.

Los comentarios se dirigieron a la naturalidad de la actuación de los actores, a las imágenes de la época, a la inocencia de los niños, al sentido del humor que permite sobrellevar las más duras pruebas, a la crueldad de la guerra que nada soluciona y que arrebató cruelmente tantas vidas humanas.

Luego, Isabel, con lágrimas en los ojos, todavía emocionada por el final de la película, se acercó a Ester y la llevó a un extremo de la habitación para hablar en privado con ella, aprovechando que los demás seguían opinando de *La vida es bella*.

—Cualquier cosa que necesites, cuenta conmigo, amiga. Ya sabes que todavía no vuelvo al trabajo de la oficina, así que estoy disponible para lo que sea. Diles a los niños

que recurran a mí en caso de algún imprevisto. Ánimo, no es tan terrible como parece; lo peor es hacerse a la idea de que algo en una ha cambiado. Una está enferma y necesita a los demás, eso cuesta mucho asumirlo. Bueno, por lo menos a mí me costó bastante —suspiró—. ... Imagínate, pero se supera con la ayuda de Dios, de la familia y de tantas personas que han pasado por lo mismo. ¡Ah!, no compres peluca, yo tengo aún la mía en el clóset, por si la necesitas.

Ester agradeció sinceramente las palabras de su vecina, las que, en parte, interpretaban sus preocupaciones, pero en lo que respecta a los niños, le planteó que ya era hora de que cada uno de los suyos asumiera su responsabilidad. Además de que esperaba volver muy pronto a su casa y no estaba en sus planes tener que usar peluca, ni por nada.

—Me sentiría muy rara. A lo más, algún pañuelo si fuera estrictamente necesario —reconoció Ester a su amiga.

—Bueno, ojalá no tengas complicaciones y salga todo bien, es decir, lo mejor posible, pero quisiera acompañarte como tú lo hiciste conmigo. Fuiste un gran apoyo cuando me sentía horriblemente decaída y ahora quiero que sepas que estoy aquí para lo que quieras —insistió Isabel, recordando lo terrible que se

había sentido cuando se le cayeron sus largas pestañas.

—No fue para tanto, cualquier amiga habría hecho lo mismo, Isabel, y tienes mucha razón en lo que me dices, todavía no me siento ni me veo como una enferma, además me cuesta aceptar de buenas a primeras que alguien me ayude, es algo mío muy ridículo, ni yo me entiendo.

En esos mismos momentos Catalina y Marisol hacían su entrada casi a tientas en la casa de Roberto, que estaba prácticamente a oscuras con unas pocas luces intermitentes que alumbraban a una y a otra someramente. La música sonaba a todo volumen por los parlantes.

Y las niñas empezaron a moverse al son de la música *soul*, buscando con la vista la presencia de sus compañeros. Pero fueron ellos, Roberto, el festejado, y el primo de Marisol, Sebastián, los que se acercaron a rescatarlas de la oscuridad y las llevaron afuera, donde pudiesen conversar realmente con mayor tranquilidad y confianza.

Sebastián se veía algo distinto de lo habitual. Más inquieto y alegre. Su pelo largo estaba suelto y en la oreja derecha lucía ahora dos aros en vez de uno. Tenía una lata de cerveza a medio consumir en la mano.

—¿Quieren alegrarse y tomar algo?

—ofreció, intentando mantener el equilibrio.

—No, gracias, paso —contestó Marisol, acercándose a él—. El abuelo preguntó por ti ayer, dijo que tenía que conversar algo importante, que lo llames o lo vayas a ver cuando puedas.

—Sí, mira como corro... —contestó con ironía—. El viejo es un latero y no estoy ni ahí con escuchar sermones por ahora. Quiero gozar de la vida —afirmó casi cayéndose al suelo—. Tú debieras hacer lo mismo, es lo mejor.

—Hacer qué, no te entiendo.

—Cualquier cosa entretenida, verdaderamente bacán, lo que venga, lo que te ayude a olvidar, a seguir adelante sin pensar en las penas... Si no piensas, no existen, desaparecen, *cachái*.

—No te sigo, Sebastián, me estás asustando, deja de hablar tonteras ¿ya? ¿Quieres bailar conmigo? Di que sí —pidió con una expresión coqueta, tomándolo de su mano.

—Me gustaría que una persona me escuchara realmente con atención y se pusiera en mi lugar, en el lugar de Sebastián, no es un lugar muy tranquilo, te advierto, pero eso es mucho pedir cuando uno está solo, demasiado solo, como si a nadie le importara realmente lo que me está pasando —se quejó Sebastián, abatido.

—No exageres, Seba. Estás mareado y

dices puras cabezas de pescado. Cuando vuelvas en ti te arrepentirás de haber hablado más de la cuenta. Hay cosas que es mejor callar —agregó la niña, presintiendo al punto doloroso al que quería llegar su primo.

—Hablo en serio. Lo que me pasa es *heavy* y parece que nadie se da cuenta de eso, están en otra, como si todo fuera normal y no es normal que tus papás se separen y se vaya cada uno por su lado. No es justo. No pensaron en mí... Yo me doy cuenta, Marisol, y eso me duele hartito. Duele mucho sentir que no les importas a tus propios padres.

Tú sabes que no es tan así; los tíos te quieren a su manera. El abuelo te adora y yo también, Sebastián. La cerveza te hace ver todo más negro de lo que es.

—Vamos, vamos a bailar, primo, no arruinemos la fiesta de Roberto ¿ya? —volvió a insistir Marisol, tratando de llevar la conversación a otro tema.

—No, gracias, no estoy ni ahí. Tú tampoco me entiendes, se ve que eres una niña todavía, no has vivido como yo, tienes mucha suerte, prima —expresó con el ceño fruncido y la mirada hosca.

—No es tan así, no te lo creas, primo, no todo es tan fácil para mí como tú piensas. Mi mamá está enferma de cáncer, igual que la



abuela. ¿Te das cuenta? No quería recordarlo esta noche, pero, tal vez, todo tiene un sentido y debieras buscarlo, tratar de entender, verle el lado bueno a las cosas —expresó la niña no demasiado convencida.

—Yo creo que tú no tienes la menor idea de lo que es que tu propio padre cuando tú lo llamas para conversar, porque necesitas hablar con él y escuchar su voz, te conteste alterado diciendo “¡qué pasa, qué pasa!”, como si tuviera que pasar algo terrible para que yo lo llame, ¿me entiendes? Pero qué hacerle, nada. Si todavía quieres bailar conmigo... acepto.

Esa noche Sebastián disfrutó de la música y también de la bebida, pero con cierta moderación, ya que con Marisol cerca de él y la compañía de sus buenos amigos se sentía un poco mejor, liviano, con deseos de pasarlo bien.

Por su parte, Catalina, ilusionada por conquistar a Roberto esa noche, no lograba llamar su atención en la medida que ella deseaba. Apenas logró un baile juntos sin que el joven diera muestras de ningún interés especial en su persona.

—¿Cómo está Marisol? —le preguntó a su amiga un poco preocupado.

—Bien, como siempre supongo. ¿Por qué me lo preguntas, Roberto?

—Como su mamá está enferma, pensé

que estaría bajoneada; es una situación difícil en la que se necesita del apoyo de los verdaderos amigos —explicó Roberto más serio que de costumbre.

—Tienes razón, es obvio, pero ¡qué onda! Estamos de fiesta celebrando tu cumpleaños ¿o no? —preguntó con una miradita intencionada de la que Roberto no acusó recibo.

Al cabo de un rato de ir de aquí para allá, Cata se encontró con su amiga y le confidenció:

—Roberto no me pesca, Marisol. ¿Qué hago? Ni siquiera se da cuenta de que existo, me siento como si fuera invisible para él —le contó con un gesto de disgusto en su rostro—. Yo creía que había onda entre nosotros, pero nada. ¿Cómo pude equivocarme tanto? Ahora lo detesto. Filo con él... A otra cosa, mariposa.

—Ya, ya, Cata, no le pongas tanto color. No tengo idea de cómo se hace para gustarle a un chico, tampoco me interesa por ahora. Es algo químico, dicen, como una atracción, yo qué sé. ¡Vamos, vamos, ya es la hora de cantar el cumpleaños feliz! —y riendo llevó a su amiga a la mesa.

Roberto estaba en el centro del grupo. Mientras le cantaban el *Happy Birthday*, intentaba apagar las catorce velitas, que eran de esas que se vuelven a prender, lo que provocaba la risa de todos y la desesperación de Roberto.

—¡Tú puedes, dale campeón, ya lo lograrás! —lo animaban sus compañeros, hasta que después de tres empeños las apagó con la cara roja por el esfuerzo.

Luego, Roberto se acercó sonriendo a Marisol y bailaron juntos largo rato. Catalina los miró un poco desconcertada y tomó un vaso de Coca-Cola con bastante hielo. "Esto se pone muy aburrido, debíamos irnos ya", pensó.

La fiesta terminó sin mayores novedades. Catalina no logró lo que quería, pero, en cambio, Sebastián accedió a visitar al abuelo al día siguiente, rogándole a su prima Marisol que disculpara su mal humor, porque, ahora que estaba más despejado, no pensaba ni la tercera parte de lo que había dicho. En realidad tendría mucho gusto en salir de excursión a algún cerro con ella y el abuelo para conversar largo y tendido, desde la cima, como le gustaba al viejo, para tratar de arreglar el mundo, al menos su mundo, ese que a segundos se oscurecía.

Por primera vez Marisol decidió callar algo ante su amiga: la conversación con Roberto. Pensó que a Catalina le molestaría saber que Roberto había tratado de insinuarse y de darle un beso en la mejilla. Y tenía razón. Por lo demás, verdaderamente no sentía nada especial por su amigo, solo era divertido a veces y se había interesado por la salud de su mamá.

Pero aparte de eso, nada de nada. En ese momento solo tenía cabeza para dos personas: su madre y su primo Sebastián.

ESE FRÍO DOMINGO, Marisol se debatía entre el deseo de acompañar a su madre con todo su cariño y afán, ya que no sabía cuántos días ella permanecería internada en la clínica y en qué condiciones quedaría después de la operación —tal vez las cosas cambiarán demasiado. ¿Quién puede saberlo? Solo Dios sabe—, y el compromiso de ir ese mismo día con Sebastián y el abuelo de excursión al cerro. El abuelo les había dicho una vez que a medida que se escalaba, los problemas se veían en su real dimensión. Porque muchas veces el problema es una cosa y cómo se tome es otra muy diferente, y entonces hay que descubrir la forma de enfrentarlo lo mejor posible, con coraje, inteligencia y esperanza. Pero ella estaba

muy confundida. Sin tener una decisión clara, llamó a su abuelo por teléfono:

—Hola, abuelito, ¿cómo está? Habla Marisol. Anoche vi a Sebastián y quedó de ir hoy con nosotros para conversar. ¿Qué le parece?

—Sí, ya me llamó y nos pusimos de acuerdo. Si tú prefieres no venir hoy, entiendo que quieras estar con tu mamá en casa. Nosotros iremos al cerro Manquehue de todas maneras; es una tirada larga, bastante pesada, Marisol. Partiremos como a las once de la mañana y haremos un picnic en el camino.

—Ya, ya, abuelito, si llego, llego a esa hora, pero no me esperen porque todavía no lo tengo tan claro, chao y cariños a Seba ¿ya?

Eran las diez de la mañana. Sentía el cuerpo pesado. Algo de sueño. Todavía no se había duchado y solo tenía sesenta minutos. Se le ocurrió una de esas ideas brillantes, salvadoras. Iría donde el abuelo para acompañarlos solo un rato, hasta llegar a la falda del cerro. Su primo también la necesitaba. Ella lo presentía y en esas excursiones era cierto que el abuelo los hacía comprender las cosas desde otra perspectiva. Desde lo alto, cerquita del cielo.

Se duchó en pocos minutos. Tomó un vaso de café con leche caliente, acompañado de un pan con queso, y se echó en la mochila

un chocolate con almendras y una botella con agua mineral, más tres manzanas.

Subió apurada a despedirse de su mamá. Le comentó lo de Sebastián en la casa de Roberto, de su soledad y de la confusión por la que pasaba, también del panorama que tenían los tres. De Roberto le contó solo que había preguntado por ella y que ya se creía todo un hombre porque había cumplido catorce años.

—Pero volveré luego, mamá, muy luego; solo estaré un ratito con ellos.

Su madre le contó que saldrían a almorzar afuera, los que quisieran ir, y que darían una vuelta por el Apumanque para comprar un par de zapatillas de levantarse, porque las que tenía estaban muy feas, así que seguramente estarían de regreso a la hora del té.

—¿Entonces no te importa que vaya con el abuelo y Sebastián al Manquehue? —preguntó entusiasmada —. ¿No me echarás de menos?

—No, mi rayito de sol, además estaremos juntas en la tarde, claro que vendrán unas amigas que también quieren estar conmigo antes de que me opere y tal vez mis alumnas del taller de pintura; tenemos mucho que conversar. ¡Ah!... y cambié de opinión, si quieres... puedes acompañarme a la clínica mañana. No creo que sea tan grave que falten por un día

al colegio para estar conmigo. Eso me hará sentirme mejor, toda mi familia ahí, dándome fuerzas. ¿Qué te parece? —preguntó ilusionada.

—¡Bien, excelente! Era lo que más quería, acompañarte mamita y no te preocupes por el colegio, porque me pondré al día en la tarde, te lo prometo.

—Marisol, confío mucho en ti, ya eres una mujercita, no necesitas prometerme nada, sé que pondrás todo el empeño de tu parte para que las cosas salgan lo mejor posible. ¡Ah!... si puedes, controla a Pancho, que vea tele después de hacer sus tareas, pero no seas muy estricta, ¡eh!... —le dijo su madre con mucha tranquilidad, como si todo estuviera en orden—. Dame un beso y cariños al abuelo. ¡Ah!... y a Sebastián también. ¿En qué notaste que Roberto se creía un hombre?

Marisol enrojeció con la desagradable sensación de ser un libro abierto para su madre y no dijo una palabra. Esa página era solo suya. Después de todo, ella ya no era una niña y tenía derecho a guardar su intimidad.

—Estoy atrasada, mamá, después hablamos, cuídate —deseó, y bajó corriendo las escaleras.

NO ERA EXTRAÑO que la escalada fuera en silencio, más bien era lo habitual, siguiendo la idea del abuelo de que los hechos son más decidores que las palabras, o también de que el silencio te permite oír las voces de las cosas, escuchar el canto de los pájaros, el suave aleteo de las mariposas, el sonido del viento entre los árboles o, lo que es aún más importante, escuchar aquello que late escondido en tu propio corazón. Solo entonces, después de unas horas de subida y esfuerzo, en la primera parada venía la conversación y esta vez no fue una excepción. Casi jovial, el abuelo empezó el diálogo:

—¡Vaya, vaya! Creo que me estoy poniendo viejo, antes no me cansaba hasta llegar

a la cumbre —confesó con un poco de asombro mientras se sentaba.

—Abuelito, yo también estoy agotada, debe ser por los nervios o por la fiesta de anoche, mucho baile, ¿verdad Seba, qué dices?

—Yo digo que mejor continuemos hasta la cima, corre un poco de viento y no sería raro que lloviera de improviso —afirmó encasquetándose el gorro de lana para abrigarse la frente.

—Entonces continuemos, ya me recuperé —aseguró el abuelo poniéndose de pie—. ¿Alguien quiere un chocolate? —ofreció con el envoltorio abierto en la mano.

Contemplaron la ciudad que se hacía más pequeña a medida que escalaban, sintiendo la proximidad de los árboles, de las piedras, de las hierbas del camino, de la tierra que sus pies iban pisando, del aire frío de la montaña que helaba sus mejillas.

Unos caballos salvajes pastaban en las cercanías.

—Esto no me agrada —anunció Marisol, que era bastante asustadiza con los animales—. ¿Por qué los dejan sueltos? No entiendo cuál es la idea.

—Es que no los dejan sueltos, prima, ellos son sueltos, seres libres, sin ataduras. A veces me gustaría ser realmente libre, aunque fuera por un instante, a ver de qué soy capaz.



El abuelo sonrió, a él le pasaba lo mismo en su juventud, y dijo:

—Creo que ya es hora de hacer la segunda parada—y se sentó en una roca. Un escarabajo verde pasó ante sus ojos.

Por unos minutos nadie dijo nada. Solo miraban la bruma de humo que envolvía la ciudad, en contraste con el aire puro que se respiraba en la montaña. El abuelo se dirigió a Sebastián, invitándolo a conversar de sus cosas, siempre que quisiera y necesitara un par de orejas. La verdad es que al niño le gustaba mucho compartir sus dudas e inquietudes con el viejo, ya que confiaba más que nada en su cariño y en sus consejos, nadie más que él tenía el interés y la paciencia para escucharlo. Casi siempre, además, le daba una opinión sabia, que era entregada como al pasar, sin la menor imposición, y que se le quedaba dando vueltas en su cabeza.

—En realidad, no hay nada nuevo, viejo, es lo mismo de siempre. No me puedo conformar con lo de mis papás. Si solo mi mamá me necesitara para algo, me sentiría mejor. Me gustaría que se apoyara en mí, que se diera cuenta de que ya no soy un niño chico... ya tengo catorce años, abuelo, soy un hombre. Me gustaría decirle: "Cuenta conmigo, soy tu hijo, confía en mí, no quiero que te sientas sola, no

necesitas otro hombre a tu lado, pucha, para algo estoy yo", y que mi mamá me abrazara y se diera cuenta de que igual somos una familia, aunque el papá ya no esté y la Maca se haya casado y para colmo se haya ido a vivir con el gringo a Australia. Eso es como demasiado, ¿no te parece?

Don Manuel lo miró a los ojos, buscando una respuesta alentadora en su interior. Después del dolor que también él como padre sufrió al enterarse de la separación de su hijo y su nuera Alicia, le había dado muchas vueltas al problema y siempre llegaba a la misma conclusión, sería falso creer en una fácil solución, en un reencuentro matrimonial después de todo el tiempo transcurrido. Una barrera insalvable, como un abismo oscuro, se había instalado entre los ex esposos. La única respuesta verdadera estaba en que su nieto debería aprender, por duro que fuera, a aceptar la situación tal como era. Irreversible. Y hacerse fuerte, recibiendo lo que sus padres pudieran entregarle en las actuales circunstancias, ni más ni menos. No había otra alternativa, por eso bajando la cabeza musitó:

—Me parece que podríamos viajar a Australia, no es el fin del mundo, cuando nazca tu sobrino, claro. Ahora que caigo en la cuenta... sí que me estoy poniendo viejo, voy a

ser bisabuelo dentro de pocos meses, ¡caramba! Pensar que nuestra familia se ha expandido ya por tres continentes es algo grandioso y me parece que las distancias son para recorrerlas, no hay que permitir que nos separen de nuestros seres queridos, Seba. Solo tú puedes decidir si las cosas jugarán a tu favor o en contra. De ti depende, nada es inmutable, todo está en permanente cambio. A veces quisiéramos que todo siguiera estático, que los niños no crecieran, que los seres queridos estuvieran siempre a nuestro lado, que la primavera se quedara eternamente flotando en el aire, y no puede ser, porque todo pasa.

*Todo pasa y todo queda
pero lo nuestro es pasar
pasar haciendo caminos
caminos sobre la mar.*

Canturreó el abuelo, recordando los versos del poeta sevillano. Luego de unos segundos, agregó, mirándolo a los ojos:

—Algún día comprenderás mejor el problema de tus padres. Tampoco para ellos es fácil. Pero no juzgues, no juzgues, Sebastián —pidió conmovido.

—No juzgo, abuelo, sólo sufro a veces, cuando pienso, y pienso demasiado cuando estoy solo —y escondió la cabeza en el hombro de su abuelo sollozando.

Luego de unos pocos minutos, sobreponiéndose, aseguró con la voz enronquecida:

—No es mala idea eso de viajar a Australia, me encantaría, viejo; ¿te animas a ir conmigo?

—El abuelo le contestó que le hacía mucha ilusión un viaje largo, lleno de aventuras. Eso sí después de que Ester se recuperara de su enfermedad. A Marisol le sorprendió observar cómo su primo se había sobrepuesto, en parte, a la pena que minutos antes lo embargaba, captó que el abuelo tenía mucho que ver en esto, aunque aparentemente solo había puesto oreja y, sin embargo, ya estaban planeando un viaje juntos.

—Yo también voy con ustedes, no crean que me van a dejar acá cuidando el departamento del abuelo, regando plantitas y esas cosas por el estilo —protestó alzando la voz—. Además, tengo unos ahorros por ahí, más algunos trabajitos que haga por aquí y por allá, creo que podría costearme en parte el valor del pasaje.

La jornada terminó bastante tarde, cuando las luces de la ciudad comenzaban a encenderse. El regreso fue lento con los cuerpos cansados, pero los tres estaban alegres, contentos de haber compartido en esa tarde lo que los inquietaba.

—Saludos a la tía, prima. Mañana paso a la clínica a verla, después del cole. ¡Fuerza para ti, Marisol! Un beso. Chao.

Marisol y el abuelo entraron a la casa para comer algo y ver a Ester. Ella estaba rodeada de gente, muy contenta como si celebrara su cumpleaños o se fuera a ir de viaje. Era una situación demasiado alegre para ser la víspera de la operación. Casi absurda. Una paradoja. Su mamá era así, a veces, incomprensible, distinta.

El abuelo conversó un rato con Esteban, mientras fumaban un cigarro con filtro. Marisol se despidió de su madre con un abrazo largo. Por supuesto vio que Daniela estaba a su lado ayudándola a atender a las amigas. Pero en este momento no le molestó. Por primera vez pensó que una cuñada podía ser algo así como una hermana, como la Cata. Y recordando a su amiga, subió a llamarla por teléfono. Alguien, una mujer entrada en años, la paró en la escala y le aconsejó:

—¡Mi linda! Qué bueno que ya no eres una niña, así podrás cuidar a tu madre. Se ve que eres responsable; ¡pobrecita!, no sabes lo duro que es padecer de cáncer. Es algo espantoso que te va carcomiendo por dentro hasta aniquilarte. Te cambiaré la vida.

Marisol la escuchó algo sorprendida y bastante molesta, sin entender el cabal sentido de sus palabras. No alcanzó a responderle

nada, pues su padre llegó a rescatarla de esta señora alta, vestida de riguroso negro y con un lunar en la nariz.

—Solo quería prevenirla, soy una torpe —dijo como excusándose y luego se dirigió a la mesa a buscar un bocadillo con ansiedad.

—No le hagas caso, Marisol, ella está perturbada por la muerte de su hijo, que no fue precisamente de cáncer. Pero le dijeron eso para no entrar en mayores explicaciones. Hija, lo de tu mamá es más sencillo, es una operación menor ¿ya? No dejes que nadie te confunda, por favor —le pidió un tanto alterado.

—Ya, ya, papá, ya entendí, pero ahora necesito hablar con la Cata, en serio. ¡Hasta mañana, dulces sueños!

Llamó a Cata para contarle lo que estaba pasando en su casa, sus inquietudes, sus temores, pero no la encontró, había ido al cine. Otra vez lo mismo, su amiga no estaba ubicable cuando ella más la necesitaba. Como si no le importara lo que le estaba pasando. Pensó que las mejores amigas debían tener un radar para comunicarse a la distancia. Entonces buscó su agenda en la repisa, la puso en sus rodillas y empezó a dibujar un pequeño rombo verde y negro, luego un ojo muy abierto y otro sombreado por largas pestañas, de ambos ojos caían lágrimas. Muchas lágrimas.

Luego de un rato se conectó al *messenger* para ver si estaba Catalina, y cuando vio que estaba en línea, empezaron a chatear.

Marisol dice: *Cata, te llamé y no estabas, ¿no ibas a llamarme tú?*

Catalina dice: *¡Ah!, fui a ver High School Musical, pero no te enojas.*

Marisol dice: *Es que creí que la íbamos a ver juntas, ¿con quién fuiste?*

Catalina dice: *Con una amiga.*

Marisol dice: *¿Cuál?*

Catalina dice: *Con la Camila.*

Marisol dice: *¡Ah!, y conmigo no, cierto.*

Catalina dice: *Pero si ella me invitó, por qué te enojas.*

Marisol dice: *Porque tú me dijiste que íbamos a ir juntas.*

Catalina dice: *Pero es que entonces ya no estaría en el cine porque este era el último día que estaba en el Cine Hoyts.*

Marisol dice: *Sabes, ¡¡no quiero seguir hablando contigo!!*

Después de unos minutos, se puso el pijama y se acostó entre las sábanas rosadas, intentando dormir. Sintió una humedad correr por su mejilla derecha. Se volvió al otro lado, reclinó la cabeza sobre el brazo izquierdo buscando el sueño y las lágrimas cambiaron de dirección, humedeciendo la funda.



ESTER SE DEJA llevar tendida de espaldas en una camilla, desplazándose sin ruido por el blanco corredor que antecede al quirófano. Su mirada se desliza por el cielo raso también blanco. Ya ha renunciado a preocuparse por ese tumor enquistado en su ser, esa pequeña masa que pronto desaparecerá de su cuerpo. En realidad, no quiere pensar. Solo desea descansar, con la mente en blanco, dejando que las horas de ese día se transformen en recuerdos. Sin embargo, su cabeza está inundada de imágenes de su casa, de su padre tan preocupado por ella, del abrazo de Esteban, de sus hijos con la ansiedad reflejada en las pupilas, todo aquello que ha quedado atrás y a lo que anhela regresar cuanto antes. "Si esto

que está sucediendo fuera solo un corto paréntesis para seguir después con la vida que me espera afuera del corredor, en la calle o en los parques donde el viento agita las ramas..., pero no puedo saber cuánto tiempo estaré ausente de esa vida. Si solo fuera un mal sueño del que me pudiera despertar a voluntad", suspira.

La enfermera abre con suavidad la puerta del pabellón. Todo está preparado y en su lugar, esterilizado como corresponde. Ester tiene conciencia de sus uñas despintadas, de la sencillez de su camisa de algodón y de esos ojos atentos que la observan detrás de las mascarillas verdes. Solo ojos desconocidos mirándola inquisidores, como la paciente del tumor en el pecho.

Una voz sale de la mascarilla y dice algo amable, como adivinando sus oscuros pensamientos, transmitiéndole que ella sigue siendo una persona, tan mujer y madre como siempre, y que pronto se recuperará para irse de este hospital con un buen recuerdo, con algo que contar de primera fuente.

Luego la colocan en la mesa un tanto fría con los brazos en cruz firmemente sujetos. La eficiencia y seguridad de los médicos la hace confiar y se deja llevar sin oponer resistencia. La luz la encandila, mientras la anestesia empieza a surtir efecto. Cierra los párpados y, en

silencio, apenas alcanza a encomendarse a la Virgen antes de dormir.

Afuera, en el pasillo, Esteban camina nervioso delante de las sillas azules alineadas como los soldados antes de una batalla, Panchito, inquieto, lo sigue, Marisol colgada del brazo de su abuelo solo espera que transcurran las horas. Daniela y Tomás con las manos fuertemente entrelazadas, aguardan también impacientes el término de la operación.

—¿Alguien quiere un café? —ofrece de pronto Daniela parándose de la silla con agilidad—. Iré a buscar algunos a la cafetería. ¿Me acompañas Marisol?

Marisol la sigue solo por salir unos minutos del ambiente opresivo de la sala de espera cargada con la ansiedad de tantos que como ellos esperan un buen resultado. Camina unos pasos y sin poder controlarse más siente que ya no podrá evitar el llanto que tiene atravesado en la garganta, y llora sin avergonzarse de su debilidad.

Daniela la abraza y dice algo que la niña no alcanza a entender, solo siente que Daniela está con ella y que su presencia le hace bien. La tranquiliza y con un pañuelo immaculado le seca las lágrimas, suavemente.

—Gracias, Dani, eres muy amable. Ahora entiendo por qué mi hermano te quiere tanto.

Eres muy dulce. ¡Qué bueno que estás con nosotros!

Daniela la mira sonriéndole y le dice que no ha hecho nada especial y que seguramente ella haría lo mismo con una hermana si pudiera. Marisol sonríe, porque en verdad se da cuenta de que muy pronto tendrá otra hermana. Una hermana mayor.

Luego se dirigen a buscar los cafés.

Han pasado ya casi dos horas desde el inicio de la operación, y nadie se acerca a dar noticias sobre el estado de Ester. El abuelo y Esteban han salido unos minutos afuera para fumar. La tensión va en aumento en directa proporción al tiempo lento de la espera. Hasta que al cabo de un rato largo aparece el doctor Kirberg, con la mascarilla en la mano y una leve sonrisa iluminando su rostro.

—La operación ha terminado sin complicaciones. Ester necesita descansar, sin visitas por hoy, solo Esteban puede verla unos pocos minutos, en cuanto se recupere de la anestesia. Tal como te dije, Esteban, ahora todo depende de la biopsia a los ganglios extirpados, que se hará mañana. Y entonces analizaremos, en junta de médicos, qué tratamiento es el más efectivo para este caso.

—Pero mi cumpleaños es en ocho días. ¿Estará bien mi mamá? —preguntó Panchito—,

porque yo quiero que ella se disfrace conmigo y el día de mi cumpleaños yo soy el Rey, y yo soy el que mando.

—Pues yo creo que tu mamá podrá estar en tu cumpleaños, pequeño. Así que eso es todo por hoy —y se fue dejando a la familia un poco más aliviada.

—Gracias, Horacio —alcanzó a decir, todavía perturbado, Esteban.

Al abuelo no le pareció nada de bien esto de no poder acompañar a su hija y cerciorarse por sí mismo de que ella se encontraba realmente fuera de peligro. Sin embargo, no le quedó más alternativa que acatar la orden del doctor Kirberg.

—Vendré mañana, a primera hora —anunció despidiéndose de todos. Luego caminó a la salida apurando el paso, algo desconcertado. Bajó cuidadosamente los escalones desgastados de la clínica hasta llegar a la calle y cruzó el Puente del Arzobispo, mirando las turbias aguas del Mapocho. La agitación de la ciudad lo molestó. Parecía un día de semana como cualquier otro. Y no lo era, al menos no para él. Miró al cielo pestañeando, y casi en silencio musitó:

—No permitas que algo malo le suceda a nuestra niña. No podría soportar otra pérdida, Inés, tú lo sabes.

Y siguió caminando, un poco más tranquilo, hasta la parada del autobús que lo dejaba a pocos pasos de su casa. Empezaba ya a anochecer y sentía sus pies cansados. "Ya no soy tan joven, tendré que buscar un cerro más bajo para las próximas excursiones; el Pochoco estará bien", se dijo. Luego miró la demolición que por primera vez llamaba su atención, unos muros descoloridos, desprovistos del techo, parecían a punto de derrumbarse. Su corazón latió más de prisa cuando reconoció que esos restos eran lo que quedaba del antiguo café "Paula", donde tantas veces compartió momentos agradables con su mujer, un local más, lleno de recuerdos, que desaparecía en aras del progreso. La ciudad implacable cambiaba su rostro, se renovaba día a día, en un afán de modernidad y progreso que lo iba despojando de su pasado.

AL REGRESO DE Marisol y su familia a su casa se encontraron con algunos compañeros de colegio sentados en la escalinata del edificio. Querían saber cómo estaban y acompañarlos, y además Catalina, cosa curiosa en ella, le traía los apuntes de las clases de ese día, con un orden casi perfecto.

—Solo por ti me esforcé, amiga, así que puedes confiar en que están bastante completos. Ni yo me lo creo. Y ¿sabes?, no me costó tanto hacerlo, es que cuando hay un porqué, aparece el cómo, o algo así, pero cuéntame cómo fue todo, ¿cómo está tu mamá?

Marisol le explicó que por ahora la operación había resultado bien, pero lo definitivo se sabría al día siguiente, después de la biopsia.

—Esto se parece a un cuento de nunca acabar. Solo deseo que termine bien y pronto. Con un final feliz. Ni siquiera pude ver a mi mamá... —suspiró mirando las estrellas que brillaban en el cielo.

Nadie agregó una palabra y entraron rápidamente a la casa.

Esteban propuso que al día siguiente todos fueran a clases y en la tarde se encontrarían en la clínica. La ausencia de la madre se notaba no solo en la casa, sino en un nuevo sentimiento de sequedad y vacío que los inmovilizaba en el salón sin tener nada qué hacer, ni siquiera ganas de cenar algo.

El timbre del teléfono sonó seis veces, llamando, insistente.

—Es para ti —aclaró Tomás, pasándole el inalámbrico a su hermana.

Era Roberto que llamaba a Marisol para saber cómo estaba ella y decirle que contara con él para cualquier cosa que necesitara.

Sin saber por qué, Marisol sonrió y se arregló un mechón de pelo que le caía a los ojos. Pensó en un helado de chocolate, en un lugar donde estuviesen solo ellos dos, pero también pensó en Catalina, que era su mejor amiga.

—Mi mamá está en la clínica, en recuperación. No la pude ver, pero parece que la operación resultó bien, dentro de lo esperado.



Eso dijo el médico... gracias por llamarme.

No entendió cómo una simple llamada la podía poner tan contenta, tal vez era porque en vez de preguntar por su madre se había interesado en saber cómo estaba ella. Se percató de que en los últimos días nadie lo había hecho. Tomás sonreía frente a ella, pero no le dijo nada. No fue necesario.

Experimentó una sensación desconocida que le impidió conciliar el sueño. Y no era por la salud de su mamá precisamente. Se levantó para prepararse algo de comer, mientras pensaba cómo contarle a su amiga que Roberto se estaba transformando en una persona muy especial para ella. Alguien que la ponía contenta, que la hacía soñar despierta.

¿Lo entendería Catalina? Y sobre todo, ¿seguirían siendo tan buenas amigas como antes? Después de todo, nunca hubo nada entre ellos. Lo hablaría claramente en tanto se vieran. Estas dudas la mantuvieron despierta hasta casi el amanecer.

Por su parte, Ester a esa hora, un poco mareada por los medicamentos, permanecía en penumbras, esperando la ronda de la enfermera de turno. Necesitaba ver a alguien. Saber que estaba en el planeta Tierra, viva. Por eso llamó para pedir un vaso de agua que le refrescara la boca reseca y oír una voz humana.

La enfermera entró casi en puntillas, le sonrió, movió los labios, pero Ester no logró escuchar su voz, solo observaba el movimiento de los labios y la sonrisa en la cara. La enfermera le prendió la lámpara de velador, con una luz tenue, le sirvió un vaso de agua casi helada, le humedeció la cara con una toalla desechable y se retiró retrocediendo, con la misma sonrisa estática pintada en el rostro. Ester cerró los párpados y durmió pesadamente esa noche.

No supo si era un sueño o parte de la realidad cuando vio solo los labios de Esteban bajo los bigotes castaños, sonriendo. Entonces recordó que hacía mucho que no lo veía sonreír, y necesitaba de esa sonrisa, mucho... mucho; hasta este momento no comprendió cuánto lo había extrañado. Sintió el calor de su mano en su cara y el aroma varonil mezclado con tabaco que le era característico, entonces se incorporó porque sus sueños normalmente no incluían aromas.

Su marido la miraba con una ternura antigua y con un aire de serenidad que la hizo concebir esperanzas de cosas buenas.

—Hola, mi amor. ¿Cómo has amanecido? —le preguntó acercando su rostro hasta rozar el de Ester.

—La cabeza me da vueltas, pero aparte de eso me siento bien. Será porque viniste tan

temprano antes de que alcanzara a extrañarte. Podremos desayunar juntos. Eso sí no respondo de la calidad del servicio —advirtió intentando poner algo de humor en la situación, evitando en cierto modo referirse a la operación.

—Te traje el periódico, por si quieres leerlo —le ofreció Esteban, como adivinando los deseos de su esposa de conversar de otros temas.

Le informó que los niños estaban en el colegio y que, después de clases, vendrían a verla, que la casa ya no era la misma sin ella. Y cogiendo su mano derecha empezó a pintarle las uñas con esmalte rojo.

Ester se rio de la extraña ocurrencia de su marido y luego trató de contenerse porque la risa le provocaba un fuerte y molesto dolor en el pecho.

Al cabo de una hora, apareció el doctor Kirberg, muy entusiasta y comunicativo. Según él, la operación había sido todo un éxito y, además, el tumor estaba encapsulado, por lo tanto no había ramificaciones. Eso simplificaba el tratamiento y, aunque todavía no estaban los resultados de la biopsia, lo más probable es que bastara con la radioterapia. Aprovechó de examinar a Ester, la que estaba en excelentes condiciones. Aun así debía permanecer unos días hospitalizada, en observación.

—Si no hay más remedio, así será —acató Esteban—, pero le advierto doctor que estaremos acá dando vueltas permanentemente.

Cuando Marisol y sus hermanos llegaron en la tarde a visitar a su madre, la encontraron acompañada de Esteban, del abuelo, bastante más tranquilo, Sebastián, Isabel y, por supuesto, Danielita, quien le estaba acomodando las almohadas. A la niña le agradó encontrarla.

—Ahora que has llegado, está el pasaje completo —dijo su madre sonriendo.

Marisol no supo qué decir, su madre estaba un poco pálida y con la mirada enrojecida, pero se veía relajada y contenta. Sin embargo, no se atrevió a preguntar lo que más le interesaba: ¿cuándo volvería a casa recuperada del todo? Tampoco le dijo que el pasaje no estaba completo, porque faltaba Roberto.

—Todavía tengo que quedarme en la clínica algunos días, ojalá pocos —le contó su mamá—. ¿Han regado las plantas? —preguntó curiosa.

—Se me olvidó de tanto leer —contestó Panchito, quien era el encargado de hacerlo—. Pero apenas vuelva a la casa lo haré, mami, no te preocupes, no se secarán. Recién es martes. Faltan solo siete días para mi fiesta de disfraces.

Siguieron conversando unos minutos, más animadamente de lo que corresponde a la sala de una paciente recién operada en su primer día de recuperación. Es que todos tenían tantas cosas que decirse. Una mariposa amarilla revoloteaba detrás del ventanal que daba al jardín.

Marisol los miró uno a uno, emocionada; pensó que aún había muchas cosas incomprendibles para ella, dolores y problemas que por misteriosas razones sucedían, trizando el cristal de la alegría; sin embargo, la vida era así: una caja de sorpresas, de luces y sombras, de alegrías y temblores, y comprendió que mientras estuvieran todos juntos como una familia, unidos por el cariño, no les faltarían fuerzas para luchar contra las sombras, porque eran hijos de la luz y del amor.

Ese inmenso amor que hacía latir su corazón aceleradamente era el poder invencible que la lleva a mirar hacia adelante y a soñar con quién compartirlo.

Se acercó más a su madre, la besó con suavidad en la frente y le entregó el ramito de violetas que le traía en las manos.

—Roberto te manda saludos, mamá
—agregó sonriendo.